

P. Angel Lorenzo Strada

TU MISIÓN – NUESTRA MISIÓN

Jornada de delegados

Nuevo Schoenstatt, 27 de octubre de 2012

1. UNA MISIÓN COMPARTIDA

El tema que vamos a abordar es de una extraordinaria riqueza y nada fácil. Definir la misión del Padre Kentenich, y con ella la misión de Schoenstatt, no es tarea sencilla. Se la puede visualizar desde muy distintos ángulos. Elijo una perspectiva que considero fundamental: la misión mariana.

Cuando el Padre Fundador cumplió 73 años le hicieron una celebración en Milwaukee y en esa ocasión dijo lo siguiente:

“En las últimas semanas hemos escuchado ya algunas veces las palabras que Dios dirigiera al profeta Isaías: ‘Antes de haberte formado yo en el seno materno, te elegí y te llamé por tu nombre. ¡Tú eres mío!’ (Is. 43,1;49,1). Estas palabras resultan muy adecuadas para este día, para la celebración que hoy nos congrega aquí en el Santuario.

¿Qué significa ‘te llamé por tu nombre, tú eres mío’? En primer lugar significa que Dios me llamó a la vida. Creemos que Él habló así en un día como hoy, hace 73 años. Él dijo: ‘¡De la nada te llamé a la vida!’ Hace 73 años me llamó por mi nombre y me dijo: ‘¡Tú eres mío!’ ¿Qué significan esas palabras? Él dijo: Mío eres tú, con tu originalidad y tu misión original. (...)

Si pudiéramos preguntar a San Pablo cuál era su misión, nos contestaría: ‘Se me confió la misión de anunciar al mundo el misterio de Cristo, el Redentor, el Mediador y la Cabeza del Cuerpo Místico’. Espontáneamente nos preguntamos ahora: ¿Cuál fue la misión que se me confiara hace 73 años? Inspirándome en San Pablo puedo decir: ‘¡Mi misión fue y es anunciar al mundo el misterio de María! Mi tarea es proclamar a la Santísima Virgen, revelarla a nuestro tiempo como la Colaboradora permanente de Cristo en toda la Obra de Redención, como la Corredentora y la Mediadora de las gracias. Anunciarla en su profunda unión con Cristo, en su biunidad con Él, y con la misión específica que Ella tiene desde su Santuario de Schoenstatt para el tiempo actual.’”

(P. Kentenich, Milwaukee, 16 de noviembre de 1958. En: Juan Pablo Catoggio, Autorretrato del Padre Kentenich, págs. 24-25)

Esta es una de las mejores definiciones de la misión que recibió el fundador. Tiene un rostro y un nombre concreto: María de Nazaret. Y una perspectiva fundamental: María en y para el mundo de hoy. No es María como una devoción más, el vínculo afectivo a Ella, recurrir a su ayuda, celebrar sus fiestas. Es María como un factor histórico, un poder que actúa en el acontecer mundial. Esta es la fe que anima al fundador y la misión a la que compromete todas sus fuerzas.

Esto vale también para nosotros. Porque estamos incluidos en su misión. Nada menos que el beato Papa Juan Pablo II nos recordó esta verdad y nos brindó el mejor fundamento teológico. En aquella inolvidable audiencia de la Familia internacional reunida en ocasión del centenario del natalicio del Padre Kentenich nos dijo:

"Vosotros habéis sido llamados a ser partícipes de la gracia que recibió vuestro Fundador y a ponerla a disposición de toda la Iglesia. Porque el carisma de los fundadores se revela como una experiencia del Espíritu, que es transmitida a los propios discípulos para que ellos la vivan, custodien, profundicen y desarrollen constantemente en comunión y para el bien de toda la Iglesia, la cual vive y crece en virtud de la siempre renovada fidelidad a su Divino Fundador".

(Juan Pablo II, Discurso a la Familia internacional de Schoenstatt, Roma, 20 de septiembre de 1985. En: L'Osservatore romano, 29 de septiembre de 1985).

Un carisma es un don otorgado por Dios no para la santificación de la persona que lo recibe sino para el bien de la comunidad (1 Cor 12,1s). Se trata de una experiencia del Espíritu Santo que no es para ser celosamente guardada sino que es comunicada para que los discípulos "la vivan, custodien, profundicen y desarrollen constantemente". En esta frase del Santo Padre cada palabra tiene un contenido propio, ninguna debe faltar, todas se complementan. En aquél centenario hablamos de "fidelidad creadora" al carisma. Hoy, como antes, estamos llamados a asumir la misión del Padre, custodiarla en su autenticidad, profundizarla y desarrollarla en su riqueza según las nuevas voces del tiempo y brindarla a la Iglesia para su renovación. Veamos los rasgos fundamentales de tal misión.

1.1 Como María, amor apasionado a una misión

En una jornada de formación de los padres palotinos, poco antes de partir al exilio en Milwaukee, el Padre Fundador afirmó lo siguiente:

"Misión mariana significa que participamos en la misión de la Santísima Virgen. Por eso nuestra conciencia de misión debe tener las mismas características que la suya. Ella ofreció todo su ser y toda su vida, toda las fuerzas del cuerpo y del alma a su misión, vale decir, a Cristo y a la obra de la redención. Ella fue hija de un amor único y grande y de una misión extraordinaria. Esto es lo que nosotros denominamos estar poseídos por la misión"

(P. Kentenich, Terciado de padres palotinos, Santa María/Brasil, 16 febrero-5 marzo 1952, tomo 2, pág. 43)

Tener una misión exige conocer el contenido de la misma, los objetivos que persigue, los caminos para realizarla, etc. Pero para el Padre Kentenich lo más importante es el portador de la misión. Lo decisivo es el sujeto, su conciencia de misión y su entrega generosa a la misma. Sin estar poseído por la misión de nada sirven la claridad en los contenidos ni las mejores estrategias para lograrlos. Participar en la misión de María es dejarse contagiar por “un amor único y grande” y en la fuerza de tal amor “ofrecer todas las fuerzas del cuerpo y del alma”.

Nos hace bien recordar las circunstancias históricas de la vida concreta de María de Nazaret. La cultura de aquella época es muy diferente a la nuestra, las circunstancias socio-políticas son otras. Pero los desafíos de la misión no son tan diferentes. María no tiene pecado. Desde un primer momento de su existencia vive en la gracia de Dios. Es Inmaculada. Pero esto no la instala en un paraíso, no la transforma en la princesa de un cuento de hadas. Ella vive en un mundo marcado por el pecado. Su “amor único y grande” debe superar la mentira, el odio, la violencia.

María nace y vive en un pequeño espacio histórico. Israel es una nación subdesarrollada y pobre, colonia romana. Su pueblo Nazaret es un pueblo de mala fama (“¿acaso puede salir algo bueno de Nazaret?” Jn 1, 46). No nace en Roma, no es hija de un senador romano. No nace en Atenas, no es discípula de un gran filósofo. Es de condición socio-económica humilde.

Su patria está gobernada por un corrupto que vive en concubinato con Herodías, la esposa de su hermano Felipe. Un adicto al poder que teme perderlo por la llegada de los tres magos de Oriente y el anuncio de que ha nacido en Belén el futuro jefe y pastor de Israel. Les miente a los magos (“iré a rendirle homenaje” Mt 2, 8) y enfurecido porque ellos no regresan ordena asesinar a los niños de Belén, menores de dos años (Mt 2, 16s). Un ángel una noche le ordena a José que se levante y con María y el Niño huya a Egipto. Un exilio que dura hasta la muerte de Herodes (Mt. 2, 13s). Herodes respeta a Juan el Bautista, lo protege y lo escucha con gusto, aunque tiene que escuchar su palabra: “no te es lícito tener a la mujer de tu hermano” y la “censura por todos los delitos que ha cometido” (Lc 3,19). Pero una noche de festejo de su cumpleaños se entusiasma con el baile erótico de la hija de Herodías y con juramento le promete cualquier cosa que le pida, “aunque sea la mitad de mi reino”. Herodías odiaba a Juan e incita a su hija que pida su cabeza. Así es asesinado un profeta, un hombre justo y santo (Mc. 6, 17 ss)

Las relaciones familiares de María no están exentas de serios conflictos. Su esposo José, un hombre justo, en un momento resuelve abandonarla en secreto porque no puede explicarse el embarazo de su esposa (Mt 1, 18s). Los parientes de Jesús no creen en Él, piensan que es un exaltado y quieren que se retire (Mc 3, 20s). No faltan episodios duros con el mismo hijo, a quien ama entrañablemente. Cuando el niño cumplió doce años peregrinaron, como de costumbre, a Jerusalén. Sin avisar nada a sus padres Jesús se quedó en el templo. Recién al tercer día lo hallaron. “Su made le dijo: “Hijo mío ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te buscábamos

angustiados.” Jesús les responde que debía ocuparse de las cosas de su Padre. “Ellos no entendieron lo que les decía” (Lc 2, 41s). María, como nosotros, debió progresar en su fe (Juan Pablo II). Sobre todo debió vivir en la tensión propia del misterio de la encarnación: Jesús es el hijo de sus entrañas, a la vez es el Hijo unigénito del eterno Dios. Basilio (+460), arzobispo de Seleucia en Asia Menor, en una homilía pone en labios de María estas palabras: “¿Qué nombre podré hallar que sea adecuado a ti, oh niño? ¿el de hombre? Pero tu concepción es divina. ¿El de Dios? Pero tú, encarnándote, has asumido lo que es humano. ¿Qué es lo que haré por tí? ¿Te alimentaré con mi leche o te ensalzaré como mi Dios? ¿Cuidaré de ti como madre o te adoraré como sierva? ¿Te abrazaré como hijo o te adoraré como a Dios? ¿Qué prodigio es éste tan inefable y sublime?”

A la misión de María pertenece acompañar a Jesús en su vida pública. Siente alegría por los discípulos, por las muchedumbres que lo siguen, por los milagros que obra en favor de los hombres, por el perdón que da a los pecadores... Pero en Nazaret no le regalan fe a su hijo, los jefes del pueblo lo rechazan, los escribas y fariseos lo enfrentan, Judas lo traiciona, Pedro lo niega. Hasta que llega el drama de la cruz. Ella está allí, de pie.

Después de la Resurrección está alentando a la primera Iglesia, recibe al Espíritu en Pentecostés, se alegra por la transformación de los apóstoles, por las primeras conversiones (Hech 2). Pero es una Iglesia pequeña, perseguida (Hech 4); las serias divergencias entre Pedro y Pablo provocan el primer concilio (Hech 15); hay casos de incesto (1 Cor 5) y de mentira (Hech 5); hay controversias en Antioquía y en Jerusalén (Hech. 15); la comunidad de Corinto está dividida porque unos son de Apolo, otros de Pablo, otros de Cefas (1 Cor 1, 10s). Esta es la Iglesia concreta que María ama, la que sostiene y construye con su vida santa. En un pequeño espacio histórico, en circunstancias difíciles, con su fe y su amor ha puesto los cimientos de un mundo nuevo. Su Si en la anunciación lo ha mantenido hasta el final. Por ella la historia se divide en un antes y en un después de Cristo, el Señor de la historia.

Creo que realizar hoy la misión que se nos encomienda con el amor y la pasión de María exige de nosotros tres actitudes:

a) Asumir los desafíos planteados por la situación de nuestra patria.

Hay que aceptar el “atroz encanto de ser argentino” (Marcos Aguini).

Al encanto pertenecen madres y padres ejemplares, maestras heroicas, jóvenes solidarios, Bariloche y las cataratas, Borges, Favaloro, La Pulga Messi, Del Potro, Los Pumas, Las Leonas...

Al atroz pertenecen la inseguridad, la inflación, la corrupción, el desempleo, la Cámpora en los colegios, Vatayón militante, piquetes... Es claro que para muchos otros es atroz que existan los diarios Clarín y La Nación...

Para todos debería ser atroz que en un país rico como el nuestro existan en el área metropolitana de Buenos Aires 864 villas miserias, en las que se encuentran

508.000 familias (según estadística de “Un techo para mi país”, publicada en la revista Criterio, agosto 2012).

Un lúcido diagnóstico del cardenal Bergoglio muestra los desafíos:

“No podemos reconciliarnos con la idea de una democracia de baja intensidad, de niveles de pobreza como los que aún tenemos, de la falta de definición de un proyecto estratégico de desarrollo y de inserción internacional, de un rasgo de nuestra cultura política que juega al “todo o nada” en cada tema, que coloca cuestiones que son del orden de lo opinable, discutible, negociable, modificable en el límite, como si en ellas se jugara la existencia misma de la Nación, y así se coloca en grave riesgo la convivencia, la estabilidad, la gobernabilidad, la necesaria tranquilidad de la vida en democracia”

(Card. Bergoglio, Conferencia en la Semana social de la Arquidiócesis de Buenos Aires, octubre 2010)

Estamos desafiados además por profundos cambios culturales y religiosos. Los obispos latinoamericanos afirman: “Se abre paso un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia de variadas ofertas religiosas, que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que manifiestan nuestros pueblos”

(Documento de Aparecida, 10)

Basta echar una mirada a las proyectadas reformas del Código civil para plantearse si defienden y promueven una sana visión de hombre y de sociedad. Los temas no son menores: la protección de los niños, naturaleza de la familia, procreación artificial, protección y dignificación de la mujer...

b) Pasar de ser habitantes a ser ciudadanos

Ese fue el llamado de los obispos argentinos en la celebración del bicentenario de la independencia. No contentarse con ocupar un espacio en el territorio argentino sino sentirse perteneciente a un pueblo, miembro activo de una nación.

(Episcopado argentino, Hacia un Bicentenario en justicia y solidaridad, noviembre 2008)

Decidirse a no ser espectadores pasivos sino actores, protagonistas activos. Superar la resignación fatalista, la huida a lo privado, la continua queja. Abandonar “los ritos macabros” (Víctor Massuh) de los diagnósticos de los males que aquejan a Argentina. Decidirse a ocupar la brecha asignada por las circunstancias concretas de la vida.

“No tenemos derecho a la indiferencia y al desinterés o a mirar hacia otro lado. No podemos “pasar de largo” como lo hicieron los de la parábola. Tenemos responsabilidad sobre el herido que es la Nación y su pueblo. Cada día hay que

comenzar una nueva etapa en nuestra patria signada muy profundamente por la fragilidad: fragilidad de nuestros hermanos más pobres y excluidos, fragilidad de nuestras instituciones, fragilidad de nuestros vínculos sociales... Hay que ponerse la patria al hombro“

(Card. Bergoglio, Conferencia en la 8a. Jornada social de la Arquidiócesis de Buenos Aires, La Nación por construir. Utopía-pensamiento-compromiso, 26 de junio 2005)

En 1946, en una Alemania destruída por la guerra, saliendo de la barbarie nacionalsocialista, el Padre Kentenich convoca a la Familia a una actitud de compromiso:

“Hemos sido relegados a la sacristía, se ha desterrado a la religión del ámbito de la economía y la política. Una visión empobrecida del catolicismo... Hemos perdido el coraje... Muchos se han resignado, han abandonado sus proyectos y depuesto su entusiasmo. Se retiraron a cuarteles de invierno.

La consigna es rescatar el orden social. ¡No es hora de discusiones bizantinas sino de poner manos a la obra! ¡No es tiempo de cavilar o vacilar sino de actuar! ¡Adelante con las obras, vengan las dificultades que vinieren! María, en la forma como nosotros queremos coronarla de nuevo, nos dice: yo no quiero descansar en el trono, yo quiero conquistar el mundo para la Iglesia”

(P. Kentenich, Semana de octubre de 1946, pág. 33 s.)

En un tiempo personal muy difícil, separado de la Obra y casi sin ninguna actividad pastoral después de décadas donde ha predicado a miles de sacerdotes y de laicos, el Padre Kentenich mantiene en alto su conciencia de misión:

“Porque vivimos totalmente de la fe en la divina providencia y porque no se nos ahorraron tiempos de fuertes tormentas, con profundo espíritu de fe desde un comienzo tuvimos que confrontarnos con las dificultades de la vida. Se formularon entonces dos pautas que siempre permanecieron iguales y que, casi por sí mismas, se hicieron carne en nosotros:

1) Nos hemos acostumbrado a concebir y a tratar las dificultades del tiempo como tareas para el tiempo.

2) Además cultivamos afirmar que a través de las dificultades Dios nos muestra las verdades y cosas que El quiere que acentuemos especialmente. En esto da totalmente lo mismo de quién provienen las dificultades.

(...)

Una respuesta creadora, sin embargo, no se puede esperar de la masa sino sólo de una pequeña minoría, de una elite. Simultáneamente ella recibe la tarea de llevar consigo a la masa y de impulsarla en el camino hacia adelante”

(Chronik Notizen (Apuntes para la crónica), Milwaukee 1955, pág. 323)

c) **Ser protagonistas de una nueva evangelización**

Es el llamado de los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida: No ser sólo discípulos de Jesús sino también sus misioneros.

“144. Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones (cf. Mt 28, 19; Lc 24, 46-48). Por esto, todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a El como amigo y hermano.(...) Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma.

145. Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo (cf. Hch 1, 8).

(...)

148. Al participar de esta misión, el discípulo camina hacia la santidad. Vivirla en la misión lo lleva al corazón del mundo. Por eso, la santidad no es una fuga hacia el intimismo o hacia el individualismo religioso, tampoco un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo y, mucho menos, una fuga de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual”

(V Conferencia general del episcopado latinoamericano, Aparecida/Brasil, mayo 2007)

En este fin de semana culmina en Roma **el sínodo de los obispos** convocado por Benedicto XVI para tratar el tema de la nueva evangelización del mundo contemporáneo. Es un signo con un mensaje que debemos captar y realizar.

Argentina necesita una nueva evangelización. Desde los albores de su historia recibió el primer anuncio del evangelio pero está muy lejos de vivirlo. El abismo que separa la fe en Dios de la vida concreta, pública y privada, es muy grande y doloroso. En un país de bautizados es más grave la corrupción, la mentira, la enemistad que en países donde predomina otra religión u otra moral. Este es, en el lenguaje del Padre Kentenich, el mecanicismo que corroe el organismo de nuestra patria y contra el cual debemos luchar con todas las fuerzas.

En la carta convocando al año de la fe el Papa Benedicto muestra una de las facetas principales del tiempo de cambio que vivimos:

“Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas”.

(Benedicto XVI, Carta apostólica Porta Fidei, 11 de octubre de 2011, 2)

El pluralismo religioso y moral es un fenómeno cada vez más fuerte. Se manifiesta no sólo en el ámbito de la moral sexual sino en la concepción sobre la familia, la relación varón-mujer, la natalidad, las relaciones humanas, la vigencia de la ley, etc. La tolerancia es proclamada como valor supremo. El ateísmo militante, fenómeno social del siglo XIX y XX, en gran medida ha sido desplazado por la indiferencia religiosa o por una religiosidad difusa, capaz de mezclar ritos y verdades cristianas con elementos de espiritualidades orientales, New Age, etc.

Esta nueva situación requiere un nuevo posicionamiento de la cristianos. No se puede seguir en actitud de espera, de distancia crítica o de resignación pasiva ante un mundo indifente o contrario a la fe, de encerramiento en grupos acogedores que cultivan una espiritualidad desencarnada. Así lo afirma el documento preparatorio del sínodo de los obispos:

“La nueva evangelización exige que nos confrontemos con estos nuevos escenarios, no permaneciendo cerrados en los recintos de nuestras comunidades y de nuestras instituciones, sino aceptando el desafío de entrar dentro de estos fenómenos, para tomar la palabra y ofrecer nuestro testimonio desde adentro.

En otras palabras, la Iglesia tiene necesidad, dentro de la variedad de sus figuras, de no perder el rostro de Iglesia “doméstica, popular”. Aún en contextos minoritarios o de discriminación la Iglesia no puede perder su capacidad de permanecer junto a la persona en su vida cotidiana, para anunciar desde esa realidad el mensaje vivificante del Evangelio. Como afirmaba el Papa Juan Pablo II, “nueva evangelización” significa hacer de nuevo el tejido cristiano de la sociedad humana, haciendo nuevamente el tejido de las mismas comunidades cristianas; quiere decir ayudar a la Iglesia a mantener su presencia «entre las casas de sus hijos y de sus hijas» para animar la vida y orientarla hacia el Reino que viene”

(Lineamenta del sínodo de los obispos sobre la nueva evangelización, 2 febrero 2011, 9)

La fuente de esta actitud no puede ser otra que la convicción creyente de haber sido escogidos por Dios para colaborar libre y generosamente con sus planes, tal como lo hizo María. Tal elección forma parte esencial de la plena realización personal y comunitaria, un bien al cual debemos aspirar.

“Ser persona es tener una misión y cumplir un papel, de forma que la persona funda la misión y la misión realiza a la persona. Nuestro ser está acompasado a nuestro hacer y nuestra persona forjada a la medida de nuestra misión. De ahí que sólo descubra su persona quien descubre su misión. Y sólo realiza su autonomía en el mundo quien lleva a cargo el encargo que ha recibido...El hombre es libre cuando se descubre enviado, responde a una llamada y reconoce en ella la posibilidad de una existencia dignificadora, generadora de heroísmo y de santidad”.

(Olegario Gonzalez de Cardedal, Raíz de la esperanza, Salamanca 1995, pgs. 250 y 414)

La estrategia para realizar la misión es clara y realista. Se trata de enfrentar los grandes desafíos en los pequeños espacios donde se vive y convive con los demás. Allí se es responsable y allí se deben multiplicar los talentos recibidos. Las circunstancias históricas puede facilitar o entorpecer el ejercicio de esa responsabilidad. Pero nunca la eliminan.

“Las dinámicas de inclusión no tienen nada de mecánico. (...) Al lado de los macroproyectos son necesarios los microproyectos y, sobre todo, es necesaria la movilización efectiva de todos los sujetos de la sociedad civil, tanto de las personas jurídicas como de las personas físicas”

(Benedicto XVI, Encíclica “La caridad en la verdad”, 29 junio 2009, 47)

El ánimo para enfrentar los desafíos es propio de la personalidad del Padre Kentenich y del carisma de la Familia:

“Si en nosotros está vivo el espíritu de la Familia, entonces nos alegraremos de vivir en una época en la cual la Iglesia está rodeada de tantas luchas. No tengamos miedo, porque finalmente la victoria será nuestra. Porque la causa a la cual servimos es la causa de Dios y de la Santísima Virgen. Sin esas sacudidas, correríamos el peligro de adormecernos y aletargarnos. Gracias a Dios las grandes corrientes de la época que hay que superar no nos dejan en paz. Vivo personalmente en medio de la marejada espiritual de las corrientes de hoy, veo actuar notoriamente a Satanás. Pero yo, si bien separado por muros de la vida pública, jamás estoy solo: todo el mundo pasa delante de mi mente y de mi corazón, buscando allí un hogar.”

(Conferencia para las Hermanas de María con ocasión de los quince años de la fundación de Schoenstatt, 18 de octubre de 1929. En: Kentenich Reader, Tomo 1: Encuentro con el Padre Fundador, Santiago de Chile 2009, págs. 175)

1.2 Una misión mariana – Vivir con María

El portador de la misión debe estar poseído por el encargo recibido. Pero también debe tener claridad en el contenido del mismo. Debe saber en qué consiste. En la misión de Schoenstatt ese encargo tiene un nombre y un rostro concreto: María de Nazaret.

“Misión mariana significa que la Santísima Virgen nos procuró la gracia de ser elegidos. El orgullo de nuestra Familia es ser siempre conscientes de que todo lo que posee lo recibió por mediación de la querida Madre de Dios. Y nosotros siempre hemos considerado que nuestra tarea consiste en anunciar esto, declarar y expresar permanentemente a todo el mundo: ¡Pertenece a Ella y todo lo que somos le pertenece a Ella! Desde sus albores Schoenstatt se supo con orgullo obra e instrumento en las manos de la querida Madre de Dios. (...)

Apenas surgen luchas y dificultades, siempre nos atenemos a una receta: Somos conscientes de nuestra misión mariana, nos hacemos más dependientes de la Santísima Virgen. Más aún: No sólo queremos sabernos dependientes de Ella, sino que además nuestra lucha consiste en combatir conscientemente por su honor”

(P. Kentenich, Terciado de padres palotinos, Santa María/Brasil, 16 febrero-5 marzo 1952, tomo 2, pág. 43s.)

María formó al fundador y en su escuela se formaron sus seguidores. Dos testimonios del Padre Kentenich lo documentan:

“...todo lo que se ha gestado, lo que se ha gestado a través mío, se ha gestado gracias a nuestra Madre tres veces Admirable de Schoenstatt. ¿Me permiten exponerles con mayor detalle cómo y qué cosas se fueron desarrollando y fueron obrando?”

En primer lugar, la Santísima Virgen me formó y modeló personalmente desde mis nueve años de edad. No me gusta hablar de este tema, pero sí creo poder hacerlo brevemente en el presente contexto. Al echar una mirada retrospectiva les digo que no conozco otra persona que haya ejercido una influencia profunda sobre mi desarrollo. (...) Soy consciente del peso de esta afirmación.

Pero no crean que éstas son meras frases, como para decir algo amable sobre la Santísima Virgen. Sé también que Ella ha puesto a mi disposición, y de manera incomparable, su omnipotencia suplicante y su corazón maternal. Ustedes han podido comprobar históricamente que desde el momento en que ella se estableció en este Santuario, puso a disposición su poder y su corazón maternal para la obra que fundé. Y ella es también la que me ha regalado colaboradores. De un amor profundo y sencillo a la Santísima Virgen fue surgiendo todo lo que hoy contemplan nuestros ojos”.

(P. Kentenich, 11 de agosto de 1935, Celebración de los 25 años de su ordenación sacerdotal. En: Kentenich Reader, tomo 1, pág. 66)

“Cuando estuve en el calabozo subterráneo, cuando en Dachau virtualmente todo amenazaba derrumbarse, también en el tiempo de las controversias con la Iglesia, en las situaciones más difíciles, vivió siempre en mí el pensamiento: Tengo que poner en práctica la expresión: “Pruébenme primero que me aman”. En esto he visto siempre mi tarea, también en las luchas más grandes. Sonriendo silenciosamente me he dicho: Ahora lo único que tengo que hacer es velar por la honra de la Santísima Virgen. Entonces me he empeñado en hacer esto realmente, impulsado por la convicción: “Pruébenme que me aman”, luego yo probaré que los amo a ustedes. Y esto lo ha hecho la Santísima Virgen contra viento y marea.

El secreto consiste en que la profunda fe en la realidad de la Alianza de Amor nos obliga, en primer lugar, a amar a la Santísima Virgen y en Ella, y a través de Ella, y con Ella, al Dios Trino. Queremos glorificarla a Ella, y con esto al Dios Trino, a todo el mundo sobrenatural. Ella hará después todo lo demás. Para esto ya desde 1915 acuñamos la expresión: (...) ¡La Madre tendrá perfecto cuidado y vencerá!

Ella lo va a hacer siempre si nosotros permanecemos fieles y velamos por su honra y glorificación”.

(Plática en el Monte Schoenstatt, 19 de junio de 1966. En: El Fundador a las Familias, tomo I, págs. 118-120)

Nuestra Familia argentina recogió esta herencia y la asumió como rasgo esencial de su identidad propia y de su aporte a la Iglesia. Así lo descubrimos en 1978, en esta misma sala donde hoy realizamos esta jornada, y lo expresamos en el documento fundamental de la misión nacional:

“Familia mariana: María como Madre nos hace Familia en el Santuario, hogar común. Desde allí nos conduce al Padre y nos regala vivenciarla y proclamarla como Reina y Vencedora. Asumiendo la tradición religiosa de nuestro pueblo, queremos que Argentina sea cada vez más tierra de María”

(Documento fundamental de la Misión nacional, 15 de septiembre de 1978)

Recogimos así la herencia de nuestro Padre y también la herencia religiosa de nuestra patria. Argentina es tierra de María desde los comienzos de su historia. Baste mencionar el testimonio de Manuel Belgrano. El espíritu patriótico y mariano de este gran prócer está sintetizado en los notables consejos contenidos en su carta al General San Martín, con fecha 6 de abril de 1814, cuando éste se hace cargo del ejército del Norte: “Acaso se reirá alguno de mi pensamiento; pero Usted no debe llevarse de opiniones exóticas ni de hombres que no conocen el país que pisan... Añadiré únicamente que conserve la bandera que le dejé y que la enarbole cuando todo el ejército se forme; que no deje de implorar a Nuestra Señora de las Mercedes, nombrándola siempre nuestra Generala, y no olvide los escapularios a la tropa; deje Usted que se rían: los efectos le resarcirán a Usted de la risa de los mentecatos que ven las cosas por encima.”

(Cayetano Bruno, La Virgen generala. Estudio documental, Rosario 1954, pág. 313)

Y esto vale para todo el continente latinoamericano. Uno de sus grandes capitales es justamente la arraigada devoción a María.

“María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dio a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América. En el acontecimiento guadalupano, presidió, junto al humilde Juan Diego, el Pentecostés que nos abrió a los dones del Espíritu. Desde entonces, son incontables las comunidades que han encontrado en ella la inspiración más cercana para aprender cómo ser discípulos y misioneros de Jesús. Con gozo, constatamos que se ha hecho parte del caminar de cada uno de nuestros pueblos, entrando profundamente en el tejido de su historia y acogiendo los rasgos más nobles y significativos de su gente. Las diversas advocaciones y los santuarios esparcidos a lo largo y ancho del Continente testimonian la presencia cercana de María a la gente y, al mismo tiempo, manifiestan la fe y la confianza que los

devotos sienten por ella. Ella les pertenece y ellos la sienten como madre y hermana”

(Documento de Aparecida, mayo 2007, 269)

En sus estadías entre nosotros el Padre Kentenich percibió este rasgo fundamental de nuestra cultura, lo valoró enormemente y lo motivó a proclamar la misión del 31 de mayo. Pero también hizo tres advertencias para que conservara y aumentara todo su potencial evangelizar.

a) "Personalmente yo considero de gran importancia para el ámbito cultural de los pueblos latinos que la devoción mariana reconquiste su relación con Cristo y con el Dios Trino. Si no se logra esto, la piedad de los pueblos sudamericanos no será suficientemente profunda, no será capaz de transformar interiormente a las naciones ni podrá prepararlos lo suficiente para la gran lucha antibolchevista" *(Carta desde Nueva Helvecia, 1 mayo 1949).*

b) Otra de sus preocupaciones es que el amor afectivo a María se torne amor efectivo. Las muestras de devoción deberían conducir a la apropiación de sus actitudes, al seguimiento de su ejemplo de amor a Dios y al prójimo. La vinculación mariana manifiesta su calidad y riqueza cuando lleva a la actitud mariana.

c) Y una tercera insistencia apunta al descubrimiento de la dimensión antropológica y social de la devoción mariana. No basta mostrarla como madre, Ella es también garante de la dignidad del hombre: "¡Debemos mostrar este signo luminoso!. En la Edad Media, donde casi todos eran analfabetos, María era el catecismo del pueblo, el compendio de teología, el compendio de moral y de ascética. Si nos preguntásemos cómo, hasta el día de hoy, hemos mostrado este signo al pueblo, a lo mejor tendríamos que reconocer que hemos procedido en forma muy unilateral, repitiendo constantemente al pueblo: 'Tú eres mi Madre, yo soy tu hijo'. Esto no es suficiente. 'Apareció en el cielo un gran signo'... Debemos mostrar también a ese signo como compendio de todas las verdades. Por lo tanto, especialmente en nuestros tiempos, debemos mostrar a María como el medio para conservar e ilustrar la dignidad del hombre".

(Curso mariológico, Santa María, abril 1951)

1.3 En el año de la fe, anunciar a María

Quien ama a María sentirá el impulso de anunciarla. No la guardará celosamente sino que buscará transmitir ese amor, convertirse en instrumento suyo.

“Tenemos la misión de velar para que la querida Madre de Dios sea venerada. Debemos procurar que la veneración a Ella sea reconocida como el gran medio pastoral pedagógico, como el más grande. (...) Comprendan, por favor, el método: Cuánto más fuerte sea la lucha, cuanto más fuerte ruja en torno nuestro, tanto más

enérgicamente abogamos por la devoción mariana. Detrás se halla el pensamiento: Yo velo por ti y tú velas por nosotros.

Así deben ser interpretadas las palabras de Vicente Pallotti: La Madre tendrá cuidado. Nosotros decimos: ¡La Madre tendrá perfecto cuidado! Puede ser que nos ocurra lo que a un hombre que es combatido en todas partes y que primero tiene que concentrarse en reunir las fuerzas. Para nosotros schoenstattianos reunir las fuerzas fundamentales implica siempre concentrarse en el misterio de María. ¡Podrán superarnos en todo, pero nunca nadie deberá superarnos en el amor a la Santísima Virgen! ¡Todos los demás podrán ser especialistas en lo que sea, pero en mariología tenemos que serlo nosotros!

(P. Kentenich, Terciado de padres palotinos, Santa María/Brasil, 16 febrero-5 marzo 1952, tomo 2, págs. 43-45)

María no es sólo figura central en la espiritualidad del Padre Kentenich sino sobre todo en su mensaje. Y María tal como se ha manifestado en Schoenstatt: vinculada a un lugar concreto.

“En todos partes donde me presenté, fuera del círculo de nuestras Hermanas y sacerdotes, anuncié sin reparos el mensaje de Schoenstatt para adultos y niños, para europeos, nativos y mestizos. La Madre tres veces Admirable estuvo en el centro de todas mis conferencias.

Allí donde fue posible trabajé para la construcción de un santuario de la MTA como punto central de un movimiento de peregrinos, pero exigí también los mismos métodos y leyes como se manifiestan en Schoenstatt. En muchos lugares pude bendecir y coronar imágenes de la MTA.

(...)

La corriente de gracias, de vida, de amor, de misión y de victoria que surgió con plenitud poco común a partir del 20 de enero de 1942, ahora quiere irrumpir en todo el mundo. Quiere encontrar un cauce también aquí en África. Así lo exige la “Internacional”, que pesa sobre mis hombros como una santa misión, que me hace sobrevolar, sin descanso, tierras y mares, a fin de arraigar Schoenstatt en todas partes como un movimiento de gracias y de peregrinación.

(P. Kentenich, Informe sobre mi viaje a África, 31 de diciembre de 1947 al 4 de abril de 1948)

En Argentina repetirá muchas veces: "Sin santuario no hago nada". Y por su pedido se contruye este santuario que hoy nos reúne, hijo de su oración, de su anhelo, de su bendición y hasta de su contribución monetaria.

En Chile les dirá a los jóvenes: "Quisiéramos inundar el mundo con santuarios de la MTA, a fin de darle oportunidad a la Sma. Virgen de procurarse instrumentos con los cuales pueda forjar un mundo nuevo"

(Plática del 14 de marzo de 1951).

Y en Nueva Helvecia dirá: "Estoy viajando de país en país tan sólo para prepararle a la Sma. Virgen una marcha triunfal. Casi podría decir que soy el canciller, el ministro de relaciones exteriores de la MTA. En todas partes donde llego preparo el camino para los santuario"
(Plática del 17 de mayo de 1948).

El patrimonio espiritual de Ignacio quedó perpetuado en una cosa: su libro de los Ejercicios Espirituales. Allí está descrito su camino personal y su aporte a la Iglesia. Millones de bautizados durante cinco siglos se han enriquecido con este aporte. El patrimonio espiritual del Padre Kentenich es María en el santuario. Es su mejor aporte a la nueva evangelización. Tenemos que descubrir cada vez más el potencial evangelizador del santuario. Lo hemos experimentado en nuestras vidas. Lo experimentamos cada vez más en la Campaña de la Virgen peregrina, en las múltiples iniciativas de la pastoral de los santuarios, en las misiones juveniles y familiares. Estamos al comienzo de un hermoso camino y lo queremos recorrer generosa y creativamente.

Así estaremos realizando la misión nacional de la Familia argentina. En el documento fundamental de la misión nos comprometimos a ser una familia misionera: "Nuestro ser se hace mensaje. La Reina y Educadora de los pueblos nos envía como personalidades paternas y maternas a colaborar en la Iglesia para que alcance su plenitud como Familia de Dios, y a construir el Reino mariano del Padre en nuestro pueblo."
(Documento fundamental de la Misión nacional, 15 de septiembre de 1978)

Años más tarde, en ocasión de la celebración nacional del jubileo de oro del 31 de mayo, en ese gran encuentro que tuvimos en septiembre de 1999 en el santuario de la Virgen de Luján, afirmamos algo que hoy conserva toda su vigencia y actualidad:

"Queremos asumir la misión mariana de Schoenstatt. Amar a María como el Fundador la amó. Encarnar y proclamar su misión: compañera y colaboradora de Jesucristo en la obra de la redención. Ella es la educadora de los corazones y de los pueblos, y la vencedora de las "herejías antropológicas" actuales con las que se desdibuja la verdadera imagen del hombre. Queremos impulsar, especialmente a través de la Pastoral de Santuarios y de la Campaña del Rosario de la Virgen Peregrina de Schoenstatt, a que muchos sellen la Alianza de Amor con María y peregrinen al Santuario, lugar de Alianza, para encontrar allí un hogar, una fuente de conversión interior y de transformación del mundo".
(Proclama de Luján, La misión nacional y el 31 de mayo. Nuestro aporte al tercer milenio, Luján, 18 de septiembre de 1999, 7)

Esta misión la queremos realizar como aporte a la vida de nuestra Iglesia, signada este año por la iniciativa de Benedicto XVI de convocar **un año de la fe**. Ha comenzado el 11 de este mes, cincuenta años después de la solemne apertura del Concilio Vaticano II y veinte años después de la publicación del Catecismo de la

Iglesia Católica. Concluirá el 24 de noviembre del próximo año, en la festividad de Cristo Rey.

En el año de la fe el Santo Padre convoca a la renovación personal y comunitaria. “Hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y que se comunica como experiencia de gracia y de gozo.”

(Benedicto XVI, Carta apostólica Porta Fidei, 11 de octubre de 2011, 7)

Precisamente para posibilitar y fortalecer esa experiencia el Padre Fundador insiste en la importancia de María. Asumió así la enseñanza de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II afirmó que „María une en sí y refleja los más grandes misterios de la fe” (*Lumen Gentium 65*).

Pocos años más tarde Pablo VI enseñó que María es un elemento “cualificador e intrínseco” de la genuina piedad de la Iglesia (*El culto mariano, 56*).

Los obispos latinoamericanos dijeron que la Iglesia “debe alzar la mirada hacia la figura viviente de María” (*Documento de Puebla, 294*).

Mostraron la importancia que tiene para la vivencia de la fe “Mientras peregrinamos, María será la Madre educadora de la fe. Cuida que el Evangelio nos penetre, conforme nuestra vida y produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más pedagoga del Evangelio ” (*Documento de Puebla, 290*)

Los obispos advirtieron que su ausencia tiene graves consecuencias: “Sin María el Evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en un racionalismo espiritualista” (*Documento de Puebla, 301*). Ella hace surgir en el hombre –varón y mujer- el sentido de ser hijo ante Dios. “María, Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada hombre. En esta forma, nos lleva a desarrollar la vida del bautismo por el cual fuimos hechos hijos. Simultáneamente, ese carisma maternal hace crecer en nosotros la fraternidad. Así María hace que la Iglesia se sienta familia”. (*Documento de Puebla, 295*)

En la última asamblea general del episcopado latinoamericano, reunida en Aparecida/Brasil en mayo de 2007, se realzó la importancia de María para la vivencia comunitaria de la fe y una Iglesia que es familia y se manifiesta al mundo como tal. “Como en la familia humana, la Iglesia-familia se genera en torno a una madre, quien confiere "alma" y ternura a la convivencia familiar (Puebla, 295). María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión. Uno de los eventos fundamentales de la Iglesia es cuando el `si" brotó de María. Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos. Por eso la Iglesia, como la Virgen María, es madre. Esta visión mariana de la Iglesia es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional o burocrática.

(Documento de Aparecida, 268)

Baste este rápido e incompleto repaso de la enseñanza del magisterio de la Iglesia para verificar que amar y anunciar a María va más allá de una mera devoción personal, una concesión a espiritualidades sentimentales, a ritos y piedades sin trascendencia. María, por designio de Dios, ocupa un lugar decisivo en la fe de los cristianos y en la pastoral y pedagogía de la Iglesia.

Los rasgos de María son rasgos de una mujer plenamente evangelizada y evangelizadora. Y en su escuela se forman auténticos discípulos y misioneros de Jesucristo:

Ella es toda apertura a los designios de Dios.

La mujer oyente de la palabra, la medita y la encarna (Anunciación)

La mujer orante, en continua unión con el Dios de su vida.

La mujer responsable, que con todo su ser asume el proyecto de Dios.

La mujer que en libertad realiza el plan divino. “Hágase” es su decisión personal.

La mujer solidaria (visita a Isabel), atenta a las necesidades de los demás (Caná)

La mujer sencilla que canta la liberación de los pobres y oprimidos (Magnificat)

La mujer fuerte en el dolor (Calvario), en la pérdida (Templo), en el exilio (Egipto)

La mujer comunitaria, la que persevera con los apóstoles en la espera del Espíritu (Cenáculo)

La mujer más grande de la historia en el más pequeño escenario de vida (nunca estuvo en Roma ni en Atenas)

Mujer, esposa, madre, laica, santificada en el sencillo vivir cotidiano.

Madre y hermana nuestra, de la raza de Adán, redimida como nosotros.

Ella desde el cielo continúa realizando hoy su misión en esta tierra.

“Este es el mensaje [la presencia activa de María en la vida y misión de la Iglesia] de los centros como Guadalupe, Lourdes, Fátima y de los otros diseminados en las distintas naciones, entre los que no puedo dejar de citar el de mi tierra natal Jasna Gora. Tal vez se podría hablar de una específica a « geografía » de la fe y de la piedad mariana, que abarca todos estos lugares de especial peregrinación del Pueblo de Dios, el cual busca el encuentro con la Madre de Dios para hallar, en el ámbito de la materna presencia de « la que ha creído », la consolidación de la propia fe. En efecto, en la fe de María, ya en la anunciación y definitivamente junto a la Cruz, se ha vuelto a abrir por parte del hombre aquel espacio interior en el cual el eterno Padre puede colmarnos « con toda clase de bendiciones espirituales »: el espacio « de la nueva y eterna Alianza »”

(Juan Pablo II, La Madre del Redentor, 25 de marzo de 1987, 28)

1.4 Crear una cultura de alianza

La alianza de amor con María es algo más que un aislado acto de piedad. Es un acto personal de unión a la “pedagoga del evangelio” y compromete a encarnar sus valores allí donde uno vive y convive con sus semejantes. La alianza crea un estilo

de vida, un modo de ser y de darse aprendido en la escuela de María. Es, por lo mismo, una fuerza creadora de cultura.

En una de las más hermosas oraciones a María, rezada y escrita no en un cómodo escritorio sino en el infierno de un campo de concentración, el Padre Kentenich le pide a María:

“Aseméjanos a Ti y enséñanos a caminar por la vida tal como Tú lo hiciste: fuerte y digna, sencilla y bondadosa, repartiendo amor, paz y alegría. En nosotros recorre nuestro tiempo preparándolo para Cristo Jesús” (*Hacia el Padre*, 609)

De paso: recuerdo que una vez en Córdoba prediqué sobre esta oración, una madre se me acercó después y me dijo: “Padre, durante su charla me he sentido pésimo. La comparación con María me mató. Yo en casa a diario reparto gritos, quejas, protestas y hasta chirlos. ¿Alguna vez podré asemejarme a María?”.

He vivido también el caso de una madre que me dijo que se confesaría con la condición de que no le diera la misma penitencia que la última vez. Le pregunté cuál había tal penitencia. Su respuesta: “ponerse unos minutos delante de la imagen de la Mater y preguntarle que haría Ella en mi lugar”. Y agregó: ¡Para qué le habré preguntado! Me dijo lo que tengo que cambiar, sobre todo con mi esposo...y le dio la razón a él en varias cosas...Así no vale.”. Es claro que no pude tener mejor idea que volver a darle la misma penitencia...y mejoró mucho su matrimonio. Aclaro que si el marido se hubiera confesado habría tenido también la misma penitencia. No sería raro que la Mater, preguntada sobre qué haría en su lugar, en algunas cosas le habría dado la razón a la esposa...

En otra ocasión me tocó el caso de una madre que decidió venir a Nuevo Schoenstatt para un retiro de fin de semana. El marido lo consintió a desgano. A los pocos días me llamó por teléfono y me preguntó: “¿puede decirme qué le dijeron o hicieron a mi esposa en Varela?. Volvió hecha una seda... Estoy dispuesto a pagar todo lo que haga falta para que me la cambien en esos encuentros”

Podemos imaginarnos el impacto cultural que producirían miles de mujeres y varones que en esta Argentina de hoy fueran capaces de caminar por nuestras ciudades y barrios con fortaleza y dignidad, con sencillez y bondad, regalando a diario amor, paz y alegría. Son todos valores imprescindibles para fortalecer la amistad social, hoy tan amenazada, para aumentar el “capital social” de un país que incluye a todos sus habitantes y los alienta a ser ciudadanos artífices de una auténtica democracia, que no se empobrece por la continua lucha y descalificación mutua sino que se enriquece por la vigencia de valores humanos afirmados en común. De allí surge un “nosotros”, un sentido de pertenencia, una patria.

El Schoenstatt argentino en vísperas del inicio del tercer milenio se comprometió en la basílica de Luján a ser un movimiento creador de una patria familia.

“Sólo lograremos cumplir nuestro cometido si cultivamos en todos los ambientes un clima familiar y lo testimoniamos con el ejemplo y la palabra. Cada uno debe llegar a ser un hogar para los otros. La aceptación de las capacidades - también de las debilidades- del hermano, la disposición para dialogar y solucionar los conflictos, el respeto y la voluntad de amar personalmente, son los aportes -a la vez que condiciones necesarias- para plasmar esta gran visión del mundo y la Iglesia que el Fundador expresara con la imagen de Nazaret.

A partir de nuestra comunión fraterna, deseamos vivir solidariamente nuestro compromiso con los más necesitados y apoyamos las diversas acciones e iniciativas que van surgiendo desde nuestros Santuarios.”

(Proclama de Luján, La misión nacional y el 31 de mayo. Nuestro aporte al tercer milenio, Luján, 18 de septiembre de 1999, 9)

2. CAMINO AL 2014

Con toda la Familia internacional nos estamos preparando para el centenario de la fundación de Schoenstatt. Esta celebración nos lleva a volver la mirada hacia una historia que recibimos como herencia y misión. ¿Tiene sentido volver la mirada hacia el pasado, hacia algo que ya fue? El filósofo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900) en un escrito de 1874 titulado: “Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida” afirma que necesitamos la historia para la vida y que hay tres modos de contemplar el pasado: monumental, anticuarial, crítico.

a) El modo monumental destaca los grandes momentos del pasado, las grandes acciones, las creaciones, las grandes personalidades. Forman una especie de cadena por encima del tiempo y quieren perpetuarse. Son como una procesión de antorchas que regalan luz y calor. Exalta modelos y la memoria de ellos da ánimo en un presente que puede ser pequeño y difícil. Esa historia muestra que lo grande es posible y puede repetirse. Por eso regala grandes impulsos.

Un peligro de este modo es que sólo se haga memoria de lo grande, lo poderoso, lo ideal. Esa no es la historia verdadera.

b) El modo anticuarial conserva todo, todo es venerable. Cultiva el respeto y el amor al pasado, le guarda fidelidad y gratitud. La herencia del pasado crea un nido acogedor, una conciencia de “nosotros”, una identificación y sentimiento de pertenencia.

El peligro de este modo es que ya no crea, sólo conserva. “Ya no anima ni entusiasmo para la fresca vida de la actualidad” (Nietzsche). Se cierra al cambio y a lo venidero. Glorifica el pasado sólo por ser pasado. Momifica y fosiliza el pasado.

c) El modo crítico: juzga el pasado y no sólo lo acepta. Toda época tiene límites. Somos el resultado de los aciertos pero también de los desaciertos de los que nos precedieron. Quiere superar el pasado y abrirlo al futuro.

Para una historia servidora de la vida necesitamos las tres formas de contemplar la historia. Ninguna es despreciable, se complementan mutuamente. Se trata de hacer memoria del pasado como servicio al presente y preparación al futuro. Juan Pablo II en la carta apostólica a comienzos del tercer milenio nos invitaba “a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro” (*Carta apostólica “El nuevo milenio”, 6 enero 2001, 1*)

2.1 El sentido de un jubileo

El Padre Kentenich en ocasión de los 25 años de la fundación de las Hermanas de María con cuatro frases sencillas nos dejó todo un programa que puede guiarnos en en la preparación al 2014:

“Jubileo de 25 años, 25 años de trabajo, un bendecido trabajo. ¿Qué quiere un año jubilar? ¡Una nueva fundación! ¿Qué quiere un año jubilar? Quiere poner al descubierto los cimientos de la Familia para construir de nuevo sobre ellos. ¿Qué quiere un año jubilar? Verificar si todo lo que surgió y creció es sano, recto, o si algo se torció y debe ser enderezado.

(*P. Kentenich, Semana de octubre 1951, pág. 144. Las Hermanas de María fueron fundadas el 1 de octubre de 1926*)

a) *Gracias por un “bendecido trabajo”*

“Jubileo de 25 años, 25 años de trabajo, un bendecido trabajo”

(*P. Kentenich, Semana de octubre 1951, pág. 144*).

“El Jubileo es siempre un tiempo de gracia particular, «un día bendecido por el Señor»: como tal tiene un carácter de alegría. El Jubileo quiere ser una gran plegaria de alabanza y de acción de gracias sobre todo por el don de la Encarnación del Hijo de Dios y de la Redención realizada por El. (...)

El agradecimiento se extenderá finalmente a los frutos de santidad madurados en la vida de tantos hombres y mujeres que en cada generación y en cada época histórica han sabido acoger sin reservas el don de la Redención”.

(*Juan Pablo II, Carta apostólica Tertio millennio adveniente, noviembre 1994, 32*)

El centenario de la fundación de Schoenstatt nos impulsa a la celebración, a la alegría y a la gratitud. Dios obró entre nosotros y encontró respuesta generosa en muchos. Sin eso no tendríamos santuario ni Obra de Schoenstatt. Cada uno de nosotros tiene poderosos motivos para entonar el Magnificat. Es importante mencionarlos expresamente.

Por eso imploramos camino al 2014:

“Querida Madre del Señor y Madre nuestra:

Con alegría peregrinamos a tu santuario.

La fe providencial del Padre Kentenich te motivó a construir tu casa en Schoenstatt.

A la sombra de tu santuario surgió una Familia, un nuevo camino espiritual (en la Iglesia) y un carisma para nuestro tiempo.”

(Oración de peregrinación 2014)

b) Una nueva fundación

“¿Qué quiere un año jubilar? ¡Una nueva fundación!”

(P. Kentenich, Semana de octubre 1951, pág. 144)

Los jubileos impulsan a una nueva fundación. Hacer memoria del pasado tiene sentido cuando se transforma en incentivo para el presente y el futuro. Sobre el sentido de la historia dice el Padre Fundador: “Debemos aprender de la historia de la Familia, debemos dejarnos educar por la historia de la Familia, para tornarnos capaces de dominar la historia actual y nosotros mismos hacer historia”

(P. Kentenich, Semana de octubre 1967, 147)

Estamos dispuestos a recoger la herencia que nos dejó la historia de la Familia, pero rechazamos asemejarnos a aquellas familias que se reúnen para recordar la glorias y conquistas de los antepasados, y porque no supieron invertir y acrecentar la herencia hoy son familias empobrecidas y sin futuro. Nosotros somos responsables de la herencia. No la recibimos como objeto de museo, algo para ser celosamente guardado. Ni como propiedad privada, algo destinado a nuestro uso personal. La recibimos para enriquecer a la Iglesia y a nuestros pueblos. No podemos asumir la herencia de espaldas a un continente marcado por la pobreza inhumana de millones de hermanos nuestros, por las graves violaciones a la dignidad y a los derechos de la persona humana y por el creciente secularismo en vastos sectores de la sociedad. No festejamos para olvidar esos problemas, para refugiarnos en un mundo espiritualista o en un cálido ambiente familiar. Una pretensión semejante sería algo frívolo y superficial. La herencia del Padre nos señala caminos para la nueva evangelización, nos anima a entregar nuestro aporte a la construcción de la civilización del amor y de la solidaridad en nuestros ambientes, allí donde se desarrolla nuestra vida concreta.

c) Poner al descubierto los cimientos de la Familia y construir sobre ellos

“¿Qué quiere un año jubilar? Quiere poner al descubierto los cimientos de la Familia para construir de nuevo sobre ellos.”

(P. Kentenich, Semana de octubre 1951, pág. 144)

Los cimientos de la Familia no puede ser otros que la vivencia fiel y generosa de la alianza de amor.

“Permítanme llamarles la atención sobre una ley fundamental que he seguido siempre en todas las luchas de mi vida, una ley que me ha ayudado a no sucumbir jamás. Claro está que si hablara como médico les cobraría mucho por la receta. Pero por el momento no lo haré. Porque la receta se formula rápido, pero no es aplicable con la misma rapidez. ¿Qué dice esta receta? ¿Cuál es la gran ley fundamental? Tomar en serio la Alianza de Amor. Es mi total convicción que sobre la Alianza de Amor se puede basar toda la vida. Podría comprobarles esto en todas las situaciones de mi vida”.

(P. Kentenich, Plática en el Monte Schoenstatt, 19 de junio de 1966. En: El Fundador a las Familias, tomo I, págs. 118-120)

Por eso imploramos camino al 2014:

“Te pedimos con cada paso de nuestra peregrinación: aviva nuevamente en nosotros el fuego del amor a tí, a la Familia y al Padre Kentenich.

Danos fuerzas para plasmar una cultura de alianza en nuestro mundo, edúcanos para ser tus misioneros de este siglo.

Tu alianza, nuestra misión”

(Oración de peregrinación 2014)

d) Verificar si algo se torció y debe ser enderezado

“¿Qué quiere un año jubilar? Verificar si todo lo que surgió y creció es sano, recto, o si algo se torció y debe ser enderezado”.

(P. Kentenich, Semana de octubre 1951, página 144)

La visión crítica de la historia lleva a verificar los desarrollos sanos y fecundos, así como los defectuosos y fallidos. La parábola del trigo y la cizaña nos enseña a discernir. Ciertamente en la historia personal, en la historia de nuestras ramas y Familias diocesanas, así como en la historia de la Familia nacional e internacional, existen cosas torcidas que deben ser enderezadas. Es lúcido detectarlas, buscar las causas y, sobre todo, buscar soluciones. El sencillo reconocimiento de defectos y pecados libera, abre a la misericordia del Padre Dios y hace más creíble el testimonio que podemos dar.

Juan Pablo II al inicio del nuevo milenio dio el mejor ejemplo de una Iglesia humilde. Él recuerda “la conmovedora Liturgia del 12 de marzo de 2000, en la cual yo mismo, en la Basílica de san Pedro, fijando la mirada en Cristo Crucificado, me he hecho portavoz de la Iglesia pidiendo perdón por el pecado de tantos hijos suyos? Esta « purificación de la memoria » ha reforzado nuestros pasos en el camino hacia el futuro, haciéndonos a la vez más humildes y atentos en nuestra adhesión al Evangelio” *(Encíclica “El nuevo milenio, 6 de enero de 2001, 6)*

En la encíclica de preparación al tercer milenio había escrito que la Iglesia “no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes. Reconocer

los fracasos de ayer es un acto de lealtad y de valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar las tentaciones y las dificultades de hoy”.

(Carta apostólica Tertio millennio adveniente, noviembre de 1994, 33)

Es de desear que en las diversas celebraciones del centenario de la Familia haya un explícito pedido de perdón por aquellas cosas que limitaron su fecundidad, que quitaron fuerza al mensaje, que fueron ocasión de situaciones o conflictos indignos de la alianza de amor.

2.2 El postjubileo

Ya dijimos que los jubileos no son celebraciones arcaicas, invitaciones a quedarse atados a un pasado que ya fue. Habiendo descubierto las fuerzas que obraron en el ayer convocan a escribir una nueva historia, a modelar el presente y preparar el futuro. Para los 100 años de la fundación de Schoenstatt valen las palabras de Juan Pablo II al concluir las celebraciones del inicio del tercer milenio:

“Ahora tenemos que mirar hacia adelante, debemos «remar mar adentro», confiando en la palabra de Cristo: ¡Duc in altum! Lo que hemos hecho este año no puede justificar una sensación de dejadez y menos aún llevarnos a una actitud de desinterés. Al contrario, las experiencias vividas deben suscitar en nosotros un dinamismo nuevo, empujándonos a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas. (...) En la causa del Reino no hay tiempo para mirar para atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza. Es mucho lo que nos espera y por eso tenemos que emprender una eficaz programación pastoral postjubilar”

(Juan Pablo II, El nuevo milenio, 6 de enero de 2001, 15)

A modo de resumen de estas reflexiones quiero citar el prólogo de una novena al Padre Kentenich, escrito en 1989 por el cardenal Ratzinger, hoy Papa Benedicto XVI.

“El futuro de la Iglesia dependerá solamente del vigor de aquellos que tienen raíces profundas y que viven de la pura abundancia de su fe. No dependerá de aquellos que se acomodan al momento. No dependerá de los que eligen el camino cómodo ni de los que rehuyen la pasión por la fe, que consideran equivocado y anticuado, que interpretan como tiranía y legalismo todo lo que exige al hombre, lo que le causa dolor, lo que lo obliga, lo que lo lleva a entregarse por entero. Digámoslo positivamente: el futuro de la Iglesia esta vez, como siempre, será acuñado nuevamente por los santos.

El Papa Juan Pablo II, en su primera visita a Alemania, señaló al Padre Kentenich como uno de los ‘insignes sacerdotes de la historia reciente’. De su vida, de su palabra y de su obra surge una luz que puede ser un indicador en el camino. En su sarcófago está grabado el lema que lo guió, lo formó y con el que modeló a muchos: ‘Dilexit ecclesiam’, ‘Amó a la Iglesia’.

Quiera María protegernos y ayudarnos, la Madre de la Iglesia por quien él siempre se dejó guiar. Quiera Ella, a través de su fiel servidor el Padre José Kentenich, abrir a muchos el camino del amor a la Iglesia para que un nuevo vigor y una nueva alegría de la fe inunden a nuestro pueblo y a nuestro país.”

(Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe. Prólogo de la novena “Arriesgar el nuevo comienzo. Amar a la Iglesia con el Padre Kentenich”, Roma, 18 de octubre de 1989, Vallendar 1993, 4ª. Edición).